



L

Mi estimada Margarita:
alla va la última carta
en verso sencillo y fácil,
como sé que á ti te agrada.

Si atentamente la lees,
encontrarás en sus páginas
de tus múltiples deberes
una suma compendiada.

En ellas verás lecciones
y divinas enseñanzas
para saber conducirte
cual se conducen las santas.

Pues la sublime doctrina
contenida en esta carta
no es fruto de mi cosecha,
sino de cosecha extraña.

Es de Fray Diego de Cádiz,
de aquel portento de gracia
á quien el mundo apellida
glorioso Apóstol de España.

Y no sólo la doctrina,
los versos y las palabras
son de aquel santo varón,
timbre y gloria de su patria.

Que entre los muchos trabajos
de su vida atareada,
á las esposas de Cristo
nunca las tuvo olvidadas.

Antes bien, de sus tareas
si algún rato descansaba
lo empleaba en instruir las,
predicarles y enseñarlas.

Pues de aquellas instrucciones
y consejos que él les daba,
entresaco las que á ti
te son de más importancia.

Escucha, pues, sus consejos,
estudia bien sus palabras
y mira de qué manera
con la religiosa habla (1):

«Lo primero y principal
del estado en que te hallas
es el vivir en un todo
á tu voluntad negada.

No has de seguir tu querer
ni aun en la cosa más santa,
pues la propia voluntad
mucho á Dios le desagrada.

Si la semilla del trigo
que es á la tierra arrojada
no se aniquila ó se muere,
ni dará grano ni paja.

Así tú, no de otra suerte,
si no estás contigo odiada,
ni darás de virtud fruto
ni verás de Dios la cara.

Negada, pues, á ti misma
vive ya de ti olvidada
y el divino querer cumple
con la más firme constancia.

Igualmente llevarás
la Cruz que te fuere dada:
tesoro grande, escondido,
del Cielo segura escala.

(1) Lo que sigue, con ligerísimas variantes, está tomado del precioso poema místico que escribió el Beato á la profesión de su sobrina Sor Maria de las Nieves, Carmelita calzada del convento de Santa Ana (de Sevilla.)

Todo el tiempo de tu vida
serás constante en llevarla,
sin un día dispensarte
de tan dulce y leve carga.

Son Cruz las obligaciones,
la vida mortificada,
ser despreciada de todos,
estar postrada en la cama.

Son Cruz las tribulaciones
que la Providencia manda:
¡dichosa, si las aprecias!
¡infeliz, si no las amas!

Con esfuerzo seguirás
de tu Jesús las pisadas,
senda infalible y precisa
de la Bienaventuranza.

Del Adán antiguo es fuerza
trates verte despojada
para vestirte del nuevo
en virtud, justicia y gracia.

Ya que saliste del mundo
ten sus cosas olvidadas;
advierte que sin peligro
no te es posible el mirarlas.

Escarmentada en la mujer
del santo Lot Patriarca,
que por semejante culpa
fué convertida en estatua.

No sólo el mundo, también
has de olvidar cuanto amabas,
si quieres del Rey del Cielo
ser esposa regalada.

O'vida padres y hermanos,
olvidate de tu casa,
que no serás de Dios digna
si algo más que á Dios los amas.

Si lo que tienes no dejas
con cuanto á tener llegarás,
ni tendrás contigo paz
ni con Dios tendrás entrada.

El amor á lo terreno
es mucho más lo que daña
que la posesión entera
de su preciosa substancia.

En usar de tus sentidos
serás prevenida y cauta;
no te dejes ir con ellos,
que por lo común engañan.

Con tus ojos harás pacto
de al hombre no ver la cara,
porque aquéllos siempre han sido
de la muerte las ventanas.

Tus oídos cerrarás
con espinas ó con zarzas

porque palabras del mundo
no turben la paz del alma.

De tus labios formarás
dos puertas de circunstancias
para que en tiempo oportuno
puedas abrir ó cerrarlas.

Mortifica tus sentidos
trayéndolos siempre á raya;
no les des lo que te pidan
porque es mala su demanda.

En el silencio serás
continua y ejercitada,
porque nunca falta culpa
en aquel que mucho habla.

Solamente un sí ó un no
responderás preguntada:
quien no refrena su lengua
toda su virtud es vana.

En cosas que no te importan
no preguntes lo que pasa:
deja cuidados ajenos
para aquellos que los tratan.

No andarás por el convento
inquiriendo qué hay en casa:
atiende sólo á tí misma
y hallarás cosas bien raras.

Retirada allá en tu celda
huye siempre de las gradas,
porque las gradas son redes
que enredan á las incautas.

Mira con horror al torno
si algún extraño te llama,
sabe que á sus vueltas puedes
quedar vuelta y trastornada.

El retiro, te repito,
la soledad has de amarla,
sin esto la Religiosa
es un pez fuera del agua.

Huye de la ociosidad,
que es de todo mal la causa:
las vírgenes necias fueron
por tal culpa reprobadas.

Estarás en todo tiempo
de algún modo ejercitada,
ó Magdalena en el coro
ó en la oficina hecha Marta.

Tu oración será continua
pero humilde y reservada:
no quieras ser vista en ella
porque á Dios no será grata.

Ciñe siempre tus costados
con la penitencia amarga:
sube al monte de la mirra
que al Espóso allí se halla.

Llevarás del buen ejemplo
en tus manos luces claras,
para edificar á todos,
no para ser alabada.

Huye singularidades
y mucho más de inventarlas;
sigue la vida común
pero no la inobservancia.

En el instante que oigas
la señal de la campana
correrás alegre al coro
á dar á Dios alabanzas.

En el coro asistirás
con modestia, recatada,
humilde, atenta y devota,
como que es Dios con quien hablas.

Á las Religiosas siempre
las amarás como hermanas;
con todas serás igual
y con ninguna extremada.

No te quejes jamás de ellas
por agravios que te hagan,
que las quejas suelen ser
murmuración paliada.

No admitas que otra murmure
contigo de quien la agravia,
dale consejo, si puedes,
y vuelve por la culpada.

Para asuntos semejantes
á nadie darás la cara,
á todas les harás frente
y guardarás sus espaldas.

Nunca mires los defectos
de súbitas ni preladas,
mira la viga en tus ojos
y en otro no hallarás paja.

Si alguna culpa les vieres
tenla siempre reservada;
mira por su estimación
y ama el honor de tu Casa.

De la comida no hables
si es desabrida ó escasa,
para el sustento no sirve
ni el exceso ni la salsa.

De la celda no saldrás
si no fueres precisada;
ocupa bien todo el tiempo
pues nunca vuelve el que pasa.

Las novedades del siglo
nunca pidas te las traigan;
muerta ha de estar para el mundo
la que al Señor se consagra.

La intención en el obrar
procura rectificarla,

pues sin esta condición
toda acción será viciada.

Sobre todo has de esmerarte
en una observancia exacta
de tus leyes, aunque sean
ó te parezcan pesadas.

Tu regla y constituciones
tan fielmente has de observarlas,
que ni un ápice el más leve
omitas en su observancia.

Especialmente á los votos
tu atención has de aplicarla;
obligación sobre todas,
pues ninguna se le iguala.

En la obediencia serás
ciega, muda, maniatada;
la voz, vista y movimiento
lo tendrás de quien te manda.

Su infracción es igual culpa
que adorar mudas estatuas,
pues la propia voluntad
es numen que se idolatra.

En la pobreza serás
rigorosa y extremada,
tan pobre como fué Cristo,
que jamás tuvo ni aun cama.

Desprecia ya las riquezas,
los tesoros de oro y plata,
pues en Dios lo tienes todo
y sin Dios es todo nada.

La necesidad será
tu comida regalada,
la escasez tu ajuar completo,
la indigencia tu abundancia.

Mira, esposa de Jesús,
que tu Esposo esto observaba,
y que una esposa opulenta
con pobre Esposo no cuadra.

En la pureza has de ser
limpísima y delicada,
porque, así como al cristal,
un solo aliento la empaña.

Dios se apacienta entre lirios,
flores que al virgen señalan,
y este es el nardo que siempre
le alegra con su fragancia.

Las vírgenes en el Cielo
una canción nueva cantan,
que los demás nunca pueden
repetirla por tan alta.

Es privilegio de vírgenes
que no á todos les alcanza,
sólo á los que en alma y cuerpo
vistieron siempre esta gala.

El voto de la clausura es el muro que resguarda el caudal de estas virtudes sin riesgo de ser robadas.

Ama mucho la clausura, obsérvala en cuerpo y alma, pues que aquí viva encerrado sirve poco si ésta es vaga.

Finalmente, á un Director te rendirás voluntaria, segura que en todo tiempo por su medio Dios te habla.

Serás en obedecerle fidelísima y sin tacha: el que lo oye á Dios oye, y, el que no, á Dios agravia.

Dale una exacta noticia de todo cuanto te pasa; séle fiel al darle cuenta, como que á Dios has de darla.

Nunca te separes de él, porque serás engañada; que una oveja sin pastor los lobos la despedazan.

Su voluntad sigue siempre en cualquiera circunstancia, y hallarás en esta vida otra bienaventuranza.

Procura ocupar el tiempo (1) en cosas que á Dios agradan, pues el que una vez se pierde nunca jamás se repara.

Si es perdido todo el tiempo que en ociosidad se pasa, ¿qué será de aquellas horas que en crímenes se malgastan?

Ocupalo todo bien, mete el buen día en tu casa; ten entendido que á Dios no en todos tiempos se halla.

Huye mucho estar ociosa, por ocuparte trabaja, que la ociosidad fué siempre de las virtudes madrastra.

No apetezcas otra cosa que ser á tu Esposo grata, y huye toda vanidad, pues mucho le desagrada.

Si lo mundano desprecias y por lo eterno te afanas,

serás de tu Criador el templo, mansión y estancia.

De tu prógimo á ninguno reputes por cosa baja, mira la imagen de Dios en ellos representada.

No le agravies ni desprecies, ni le pongas mala cara, que Dios contigo ha de hacer lo que tú con ellos hagas.

Trata á todos con agrado, con ninguno seas ingrata; la gratitud siempre ha sido de la Caridad hermana.

Mas no olvides que en el trato has de ser prudente y cauta; guárdate de los del siglo aunque tengan muchas canas.

Familiaridad no tengas con persona alguna humana; no te pares con ninguna, empero con todas anda.

Dirige á Dios cuanto hicieres, tus obras así realiza, que esto le dará incremento al mérito y á la gracia.

Jamás contra tu conciencia, ni en materia la más parva, trates de hacer cosa alguna que tenga visos de mala.

Tampoco, mientras que tengas duda prudente y fundada, por tí sola la resuelvas, si hay tiempo de consultarla.

Mas si el resolver precisa porque el asunto no aguarda, pide á Dios luz, y resuelve lo que al bien más se le adapta.

Nunca de tí te confies ni te creas iluminada; la que piensa eso de sí tiene la luz muy escasa.

Toma entonces el recurso al Superior ó Prelada; con esto quedas segura y tu conciencia en bonanza.

Enseñar á otros no quieras, antes bien ser enseñada; que en portarte de este modo das ejemplo y enseñanza.

Si hablar quieres con acierto, oye á todos y tú calla, que siempre ha sido hablar poco el nivel de las palabras.

Con este mucho callar lograrás la gran ventaja de vivir en tí escondida y en tu Dios siempre empleada.

En los asuntos á que tu obligación no te llama, ni los quieras entender ni tomes en ellos cartas.

Es una cosa mal vista, y que mil disgustos causa, introducirte en negocios ajenos de tu importancia.

Excusa toda porfía, no alterques, que es mala maña; y toda contienda suele terminarse con desgracia.

Nunca de alguno murmures, guarda á todos las espaldas; si tú guardas las ajenas tendrás las tuyas guardadas.

A ninguno mortifiques con obras ni con palabras; trata á todos con respeto, que el amor así se capta.

De lo que pasa en el mundo jamás quieras saber nada; deja á los muertos que allá con sus muertos se las hayan.

Es impropio hablar del siglo, al que en el claustro se halla, y el tratar de sus delicias á quien viste una mortaja.

Toda singularidad por lo infinito que daña, has de detestarla siempre y en todo tiempo excusarla.

Nunca llames la atención con empresas señaladas;

si te vences á tí misma haces la mayor hazaña. Sigue la comunidad, no faltes á la observancia, y excusa la indiscreción de cosas extraordinarias.

Estas son perjudiciales donde la prudencia falta; y es cierto faltará, cuando por gusto propio se hagan.

Sólo á Dios y al Director les corresponde inspirarles; lo que sin éstos hicieras, tenlo por acción frustrada.

Haz las cosas á su tiempo, cuando y como se te mandan, sin desidia y sin pereza, tampoco precipitada.

En hacer las cosas bien has de poner tu eficacia; el modo tal vez conduce no menos que la substancia.

Recógete en tu interior con frecuencia, y encerrada trata con tu Dios allí el gran negocio del alma.

Esto lo puedes hacer en cualquiera circunstancia, mientras rezas, mientras comes, enferma ó estando sana.

No dejes al pensamiento que se ocupe en musarañas; recógelo en tu interior, y hazlo que de allí no salga.

Si haces esto, á Dios tendrás entronizado en tu alma; será tu amparo en la tierra y tu premio allá en la Patria.»

¡Adiós, buena Margarita, se acabaron vuestras cartas, y pido á Dios que te sirvan para hacerte una gran santa!

FR. A.

(1) Tomado de los documentos que el Santo escribió en romance á la Madre Maria del Espíritu Santo, religiosa del mismo convento de Santa Ana.

FLORES DEL CLAUSTRO

Y ARRULLOS DE PALOMAS





FLORES DEL CLAUSTRO

Y ARRULLOS DE PALOMAS



AL aroma de cielo que se percibe en la lectura de este tratado, indica que sus páginas son flores misteriosas; y como ellas nacieron entre las paredes de un Convento de Capuchinas, creo que con toda propiedad puedo y debo llamarlas *Flores del claustro*.

Yo las debo en parte á un alma de Dios, que ya no pertenece á este mundo: á una santa religiosa que poco antes de morir me entregó un precioso manuscrito, al frente del cual venían estas palabras, como sirviéndole de prólogo:

PADRE MIO:

„La obediencia, que hace milagros, es la única que
„ha podido hacer brotar de mi tosca pluma, estas pá-
„ginas que encierran los más íntimos episodios de mi
„vida. Al escribirlas, no pocas veces he manchado el
„papel con el llanto de mis ojos, recordando mis ingra-
„titudes y los favores del cielo. Ahí las lleva Vd., Pa-
„dre mio, tal como me las ha inspirado el deseo de obe-

„decerle con perfección. Sólo le suplico que yo quede „desconocida y oculta en el retiro de mi pobre celda; „y que cumpla Vd. la palabra que me tiene dada de no „revelar nunca el nombre de su afectísima y obediente hija,„

Pasé la vista por las hojas que había escritas en el cuaderno, y no hallé el nombre del Padre, ni el de la hija: pregunté á la moribunda, y de sus respuestas pude sacar en claro que la muerte había segado en flor la vida de la religiosa que comenzó á escribirlo por obediencia, y la del padre que se lo mandó y á quien ella lo dedicaba.

Enternecido entonces con la lectura de aquellas páginas mal escritas, concebí el proyecto que hoy realizo, dando á luz este opúsculo unido á las *Cartas sobre la Vida religiosa*, porque es como el complemento de ellas y su doctrina puesta en práctica, y bautizándolo en el significativo nombre de *Flores del Claustro*.

De aquel pequeño manuscrito saqué algunos de los pensamientos que van en este ramo: las demás flores nacieron en el mismo jardín; al calor de la obediencia santa, verdadera madre y autora de ellas.

Tal vez andando el tiempo nazcan nuevos capullos que añadir á *Flores del Claustro*, pues el ramillete, aunque precioso, no queda tan completo como yo lo deseaba.

Esto decía en las dos primeras ediciones de este opúsculo; hoy, gracias á Dios, puedo decir que mis deseos están plenamente satisfechos, porque en el mismo vergel he hallado nuevas flores que estaban ocultas, como las violetas entre las zarzas; y con ellas el ramillete ha quedado en toda su perfección.

Registrando el archivo del monasterio en que vivió nuestra desconocida heroína, hallé nuevos papeles

y viejos apuntes con los cuales he podido rehacer su interesante historia, y coordinar los ardientes soliloquios de aquella alma seráfica, los tiernos arrullos que aquella Paloma de la soledad exhaló junto al ságrario.

No preguntes por su nombre, lector curioso, ni trates de averiguar cuál fué el jardín donde nacieron estas flores, porque te cansarás en vano. Lo único que se puede saber, lo tengo ya dicho; esto es, que las Flores del Claustro nacieron en un convento de Capuchinas al calor de la obediencia santa que es su verdadera Madre y autora.

¿Qué mas se quiere saber? ¿Es acaso menos dulce la fruta confitada, porque se ignore el árbol que la produjo, el huerto en que se crió, ó el nombre de quien la haya endulzado? A qué, pues, averiguar lo que á nada conduce. ¿Qué importa á las letras ni al mundo entero un nombre mas? Hay tantos nombres gloriosos en el olvido! Hay tantos tesoros ignorados en los claustros!

Sí; donde los impíos y los necios creen que reina la *holganza mística*, bulle la actividad del corazón en toda su efervescencia, y la del entendimiento en toda su plenitud; en los conventos que ellos juzgan moradas de egoistas, vive el sacrificio diario llevado hasta el heroísmo; y donde ellos piensan que solo hay monjas ignorantes, gangueando latines, he hallado yo tesoros de literatura clásica, escritos inéditos, de tan puro estilo y tan castizo lenguaje, que ya los quisieran hoy para sí muchos escritores modernos.

Y basta de prólogo, lector mio; si al repasar estas páginas sientes deseos de mejorar tu vida y de acercarte á Dios, no tardes en ponerlos por obra, porque tales deseos son semilla de vida eterna.

FR. A. DE V.



I

RECUERDOS Y ESPERANZAS.

QUÉ otro nombre mejor pudiera yo ponerle á este escrito? El es hijo de las esperanzas que anidan en mi pecho, y de los recuerdos que bullen en mi alma; que lleve, pues, el nombre de sus padres, y llámese como ellos *recuerdos y esperanzas*.

¡Recuerdos! pero recuerdos tristes por lo que de mí tienen, y recuerdos consoladores por lo que tienen de tí ¡oh Jesús de mi alma! Sí, ¡bien mío! aún me parece percibir en el fondo de mí ser tu voz conmovedora que se quejaba diciéndome: “¡Ay alma ingrata! ¡esposa infiel! ¡oveja rebelde! ¡Con cuánto afán deseaba mi corazón que llegase el momento de verte á mis pies, como ahora te contemplo, rendida, subyugada y entregada completamente á mí! ¡Ay cuánto deseaba que llegase este instante! ¡Con cuánto afán deseaba verte así, para depositar en tu pecho mis quejas, las amorosas quejas de un Dios ofendido, de un Esposo olvidado! Nueve años ha que voy en pos de tu alma, como cariñoso pastor tras de su oveja amada; y cuando más cerca de tí me hallaba y estendía mis brazos para estrecharte sobre mi pecho, huías de mí y te alejabas. ¡Ingrata! ¡ingrata!! ¡ingrata!!!”

Sí, Dios mío! ¡ingrata he sido! pero.... déjame llorar mis ingratitudes, porque el recuerdo de tus quejas amorosas hieren la fibra más delicada de mi cora-

zón, y me hacen sentir un dolor y un consuelo inespliables. ¡Cuánto te he ofendido! ¡Cuán rebelde he sido á tus dulces llamamientos! ¡Perdón, Dios mío, perdón! Háblale á mi alma palabras de vida, mientras ella riega el suelo con su llanto; háblale y oiga mi alma otra vez aquella voz que le dió nuevo ser, aquella dulce reprensión que la despertó de su letargo.

Un día me dijiste: “Con amor eterno te amé; y tú, hija mía, ¿por qué siempre me has amado tan poco? ¡Basta de ingratitudes! Ven, y acércate á mí.... más.... hasta oír los latidos de mi corazón, que tanto ha palpitado por tí.... hasta sentir sobre tu frente mi aliento divino, que te purifique y te dé nueva vida! ¡Oh alma! cuánto tardaba para mí este dulce momento!”

¿Y creés, bien mío, que yo no anhelaba también por este dichoso instante? ¿Creés que no suspiraba por verme libre de aquel pesado yugo que me oprimía? ¿Creés que no ansiaba yo romper aquella cadena de ingratitudes que por tantos años venía arrastrando? ¡Oh! bendita mil veces aquella mano que la cortó! Aquí me tienes ya, vida mía; aquí estoy rendida á tus pies y libre de los obstáculos que se oponían á nuestro amor; aquí me tienes, Amado de mi alma, para no separarme de tí, ¡nunca! ¡jamás!

De aquí en adelante viviré sólo para amarte, para recompensarte mis ingratitudes con toda una vida de amor y de ternura. Aquí me tienes, Jesús mío, arrójame al rostro todas mis iniquidades; dame en él con mi deslealtad y rebeldía; pero déjame que te hable. ¡Tengo tanto que decirte!.... ¡Tengo tantas cosas que contarte!.... Tú lo sabes todo; pero no me niegues el placer de recordar tus favores y de llorar mis ingratitudes, ya que así lo dispone la Obediencia santa, y lo manda aquel á quien has otorgado tu representación, y le has dado poder sobre mí, indigna sierva tuya.